

CONVERSACIÓN CON

RAFAEL ARAZARENA

— Juan José Bacallado Aránega
— Rubén Barone Tosco
— Eustaquio Villalba Moreno
(Miembros de la Asociación)

Conoci a Rafa cuando, recién estrenado mi título de biólogo, regresaba de la Universidad Complutense de Madrid con todas las ilusiones del mundo y un discreto bagaje de conocimientos naturalísticos aún por ordenar en el cerebro. El encuentro fue en el Museo Insular de Ciencias Naturales de Tenerife, que ocupaba un viejo y destartado edificio en el enorme solar/huerta de lo que hoy conocemos como Parque de la Granja. Había acudido al Museo en busca de orientación sobre el medio natural de Canarias, en especial sobre temas entomológicos y, desde luego, no quedé defraudado. Un trío de lujo llevaba el peso de aquel museo de bolsillo, de aquel entrañable Gabinete de Historia Natural: D. José María Fernández (D. José para los amigos), el todoterreno de la entomología canaria y gran patriarca del Museo; Rafael Arozarena (Rafa), el bohemio naturalista, el poeta y escritor surreal que se entretenía con los

himenópteros y las “piedras”; y Manuel Morales (El Bolo), el bejamen de los entomólogos del grupo, cuyas inclinaciones se decantaban hacia los ortópteros, dermápteros y hemipteros, amén de ser quien —como funcionario del Cabildo— luchaba desde dentro por conseguir mejorar y acelerar las menguadas subvenciones al Museo.

Aún resuenan en mis oídos sus imprecaciones en contra del teleférico del Teide, mientras con una trampa luminosa capturábamos lepidópteros nocturnos en la falda del volcán.

Estos tres personajes me acogieron con cariño y pronto me incorporé a sus tertulias de tarde y a sus salidas al campo. Sin embargo, me atrajo de inmediato esa socarromería surrealista de Rafa Arozarena, esa disparatada filosofía de la vida, que, en ocasiones, no podía interpretar en profundidad. Comenzamos a salir al campo en busca de lepidópteros noc-

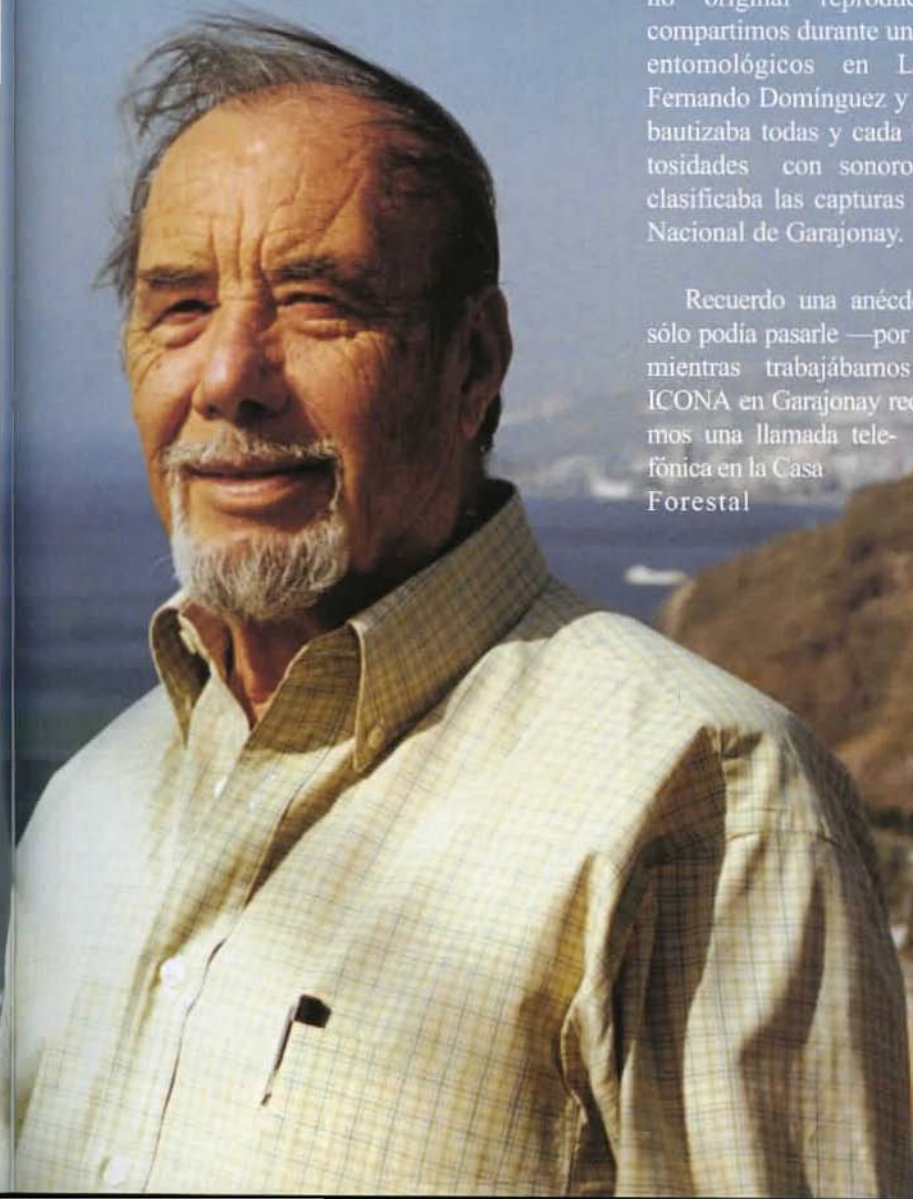
turnos que cazábamos con rudimentarios métodos, utilizando el humo del cigarro como narcótico. Luego bautizábamos cada mariposilla con un nombre vulgar, con el fin de ir reconociéndolas en nuestras fichas. La conversación siempre derivaba hacia temas de

conservación medioambiental y, ¡cómo no! a su actividad poética y su filosofía fetasiana. Me asombraban sus andanzas con otro fetasiano de pro, Isaac de Vega, sus idas y venidas al macizo de Anaga, donde dormían en una cueva sobre un acantilado mientras las gaviotas y pardelas arrullaban sus oníricos pensamientos. ¿Sabían ustedes que Rafa tenía determinado el origen semántico (la raíz silábica) de todos y cada uno de los nombres de nuestros pueblos? ¡Por supuesto todo ello en clave de humor fetasiano!

Aún resuenan en mis oídos sus imprecaciones en contra del teleférico del Teide, mientras con una trampa luminosa capturábamos lepidópteros nocturnos en la falda del volcán. Ese día me obsequió uno de sus primeros y emblemáticos libros de poesía: *El ómnibus pintado con cerezas*, que reflejaba a las mil maravillas su quehacer y estilo surrealista.

Como surrealista es la grabación en cinta magnetofónica de las “ventosidades de una noche de verano” original “reproducción pedánea” que compartimos durante una semana de estudios entomológicos en La Gomera (Rafa, Fernando Domínguez y J.J. Bacallado): Rafa bautizaba todas y cada una de nuestras ventosidades con sonoros epítetos, mientras clasificaba las capturas del día en el Parque Nacional de Garajonay.

Recuerdo una anécdota con Rafa que sólo podía pasarle —por surreal— a él: mientras trabajábamos para el ICONA en Garajonay recibimos una llamada telefónica en la Casa Forestal



de Vallehermoso, en la que se nos comunicaba la muerte —en Hermigua— de la madre de una amiga. Con nuestros trajes de faena acudimos al entierro; pero al pasar el túnel de Agulo Rafa quiso apearse un momento para “aliviarse”, con tal mala fortuna que cayó de pie dentro de una atarjea llena de agua y lodo. Sus botas quedaron anegadas y, de esta guisa, nos presentamos en el entierro, acompañando a la finada durante todo el trayecto al cementerio con el acompasado sonido de un “chuf-chuf” repetitivo y monótono de las botas de Rafa, el cual retenía una risa nerviosa que nos contagiaba todo el tiempo: Fetasa atacaba de nuevo.

Este es nuestro Rafael Arozarena, un poeta y naturalista atípico, un canario nacido en Santa Cruz de Tenerife en abril de 1923. El me comentaba que fue el “garbanzo negro” de la familia, pues su independencia de pensamiento no cuadraba con la “normativa” al uso de la época. Dos eminentes profesores influyeron de una manera notable en su vida: D. Agustín Cabrera Díaz, su mentor en el campo de las ciencias naturales y D. Agustín Espinosa, el gran poeta y escritor surrealista, que dirigió sus primeros pasos en la poesía. Poesía y entomología siempre iban a ir de la mano en la vida de Rafa; fue preparador, conservador y cofundador del Museo, llegando a publicar varios artículos científicos en las revistas *Graellsia*, *Vieraea* y otras.

Como escritor y poeta comienza publicando sus trabajos en revistas literarias como “*Mirador*”, “*Mensaje*” y “*Gánigo*”; actualmente los hace en “*Fetasa*”, “*Ateneo*”, “*La página*” y otras.

Tiene en su haber los libros de poesía: “*Romancero canario*”, “*A la sombra de los cuervos*”, “*Aprisa cantan los gallos*”, “*Alto crecen los cardos*”, “*El ómnibus pintado con cerezas*”, “*Silbato de tinta amarilla*”, “*Desfile otoñal de los obispos licenciosos*”, “*Amor de*

El me comentaba que fue el “garbanzo negro” de la familia, pues su independencia de pensamiento no cuadraba con la “normativa” al uso de la época.

la mora siete” y “*La daga azul*”.

Sin embargo, Rafa es más conocido por sus novelas, en especial por “*Mararía*”, que gestó en Lanzarote durante su obligada estancia en Femés. Allí estalló su cabeza, ebrio de sueños y vino, al lado del infierno lávico de Timanfaya. Recientemente, *Mararía* ha sido llevada al cine con éxito.

Nuestro amigo Rafa recibe el reconocimiento de su tierra al otorgársele en 1988 el Premio Canarias de Literatura. Hoy lo traemos a estas páginas como un modesto homenaje de los naturalistas y amigos del Museo que él contribuyó a fundar.

A continuación transcribimos el contenido de la conversación que mantuvimos en su domicilio.

—¿Cómo surgió su interés por los insectos, y en particular por los himenópteros?

—Esa es una muy buena pregunta, porque yo creo que es básica para entender lo que posteriormente he hecho sobre los insectos, y que siga arraigada la vocación hasta los 70 y más años que tengo. Así que tuvo que ser un principio fuerte, ¿por qué?... Fue la gran suerte de comer despacio, tener una huerta muy grande donde nací, aquí en la calle San Francisco Javier (S/C. de Tenerife), y de

tener una abuela liberal, porque sólo con la huerta no me habría trastornado de aquella manera... Mi abuela me echaba adrede de casa, y me decía "vete a la huerta, porque no te quiero ver por aquí", y yo me acuerdo que una de las veces aquello me ofendió un poco (yo era un niño muy caprichoso...), y me fui a la huerta a dar vueltas por ella, y de repente me da por tirarme al suelo, y empezar a gatear (tenía menos de 8 años), me gustaba arrastrarme por la tierra, como si las malvas que había fueran la selva; entonces empecé a sorprenderme la naturaleza: la mariquita de S. Antonio, el sarantontón, cosas que había leído en cuentos... (yo leía mucho de pequeño). A los 7 años, para mí el libro más encantador era "La Odisea", y aún lo sigue siendo (ni libros de cuentos ni nada...). Me sorprendió lo del sarantontón aquél, porque yo no creía que fuera real, y estuve todo el día detrás de él, viéndolo y pensando: "esto es real, yo no estoy soñando". Todos los días bajaba a la huerta de expedición, y me encontraba cosas sorprendentes.

Una de ellas —son recuerdos que se me quedaron grabados— fue la *Cypraea moneta* (concha), que venía seguramente entre los calladillos de la playa, y había muchas, me acuerdo de encontrar varias, no una... Iba a buscarla expresamente por los pasillos aquellos, pero yo no sabía lo que era, le daba vueltas a la cabeza y decía ¿pero qué clase de hueso es este?, ¿de qué animal puede ser este hueso así tan raro?, ni idea... (la idea que tenía yo de caracoles era el burgado). Así que esa fue una de las grandes sorpresas mías... y las iba reuniendo, tenía una caja —fue mi primera colección de Historia Natural, a base de *Cypraeas*—, pero cuando llegué al colegio San Ildefonso —el primer día de clase— y me encuentro una vitrina de Historia Natural, aquello para mí fue... había estrellas de mar, caracoles,

corales, etc. Cuando descubrí aquello, ya pensé que el mundo no existía sin todas esas cosas, que yo estaba viendo un mundo del cual no recibía ninguna molestia, y así fue, ya que hasta la fecha puedo decirles que *de la naturaleza no he tenido ninguna molestia, sino que todo han sido gratitudes*. En cambio, en la vida social, en la vida de cada día, hay tal cantidad de disgustos... desde Hacienda para arriba. Pues esa es la historia de cómo empecé con esto de los insectos, y después vino lo demás...

Cuando empecé en serio en el tema fue cuando aprobé el examen de ingreso en el Bachillerato... y me acuerdo que aprobé. Mi padre entonces me dijo: "bueno, tengo que hacerte un regalo ¿qué quieres?, tienes tres opciones: una es una bicicleta, la otra es ingresar en los exploradores (los actuales "boy-scouts"), o conocer a D. Anatael Cabrera (un famoso médico forense, entomólogo y naturalista de la época)", y yo le dije entonces: quiero conocer a D. Anatael... (mi padre era íntimo amigo de él). Entonces mi padre cogió el teléfono delante de mí, y llamó a D. Anatael: "¿Anatael?, sí... soy Domingo Arozarena, que te quiero mandar al chico esta tarde para arriba, para que me lo pongas tan loco como tú, ¿de acuerdo?". Me fui para arriba, y me encontré con D. Anatael Cabrera, me acogió con mucho cariño. Tenía este hombre la casa que no podías entrar, porque todo era una pila de cajas y cajas con insectos de todas las partes del mundo (era la mejor colección entomológica que había en España...). Todavía no se ha logrado clasificar toda la colección. Tenía las colecciones con un etiquetado perfecto...

Me acuerdo que tenía unos armarios franceses empotrados con cajas de insectos, de arriba a abajo, y en todas las demás habitaciones tenía cajas con insectos sin abrir que le habían llegado por correo, y me enseñó una

Yo iba todas las tardes a la biblioteca del Museo Municipal a estudiar la Historia Natural de Webb y Berthelot, y claro, principalmente lo que me interesaba era el tomo donde estaban los insectos.

caja con avispas grandes de muchos colores, desde rosa, naranja, verde... (esa colección era inconmensurable). Me llevaba a las excursiones con él, y había una cosa que me desconsolaba mucho: que llevaba unos bocadillos formidables, pero aparte, tenía una sombrilla que era a la vez un bastón, una sombrilla, y quebrándolo se hacía una silla de tijera y lo clavaba en tierra y se sentaba en ella... era una cosa curiosísima, se la había regalado un médico amigo de él. En fin, que D. Anatael me inició en este campo de la entomología.

—¿Nos podría contar algo de su etapa de colaborador del Museo de Ciencias Naturales de Tenerife?... ¿Cómo se inició realmente el Museo?

—Yo iba todas las tardes a la biblioteca del Museo Municipal a estudiar la Historia Natural de Webb y Berthelot, y claro, principalmente lo que me interesaba era el tomo de los invertebrados, que era donde estaban los insectos. Y una de las veces, me dice el bibliotecario de entoces (un tal Mederos...): “el libro ese no puedo dárselo hoy, porque hay un señor ahí que lo está consultando”... y

entonces veo a un señor con unas gafitas mirando el libro aquél, y ya se creó un contacto de ideas desde el punto de vista del interés por un mismo tema... ¡Hay una persona en el mundo que se interesa por los bichos, por estos libros también!, y eso era un estímulo... Y esperé a que se cerrara la biblioteca, fumándome un cigarrito allí, y cuando sale el hombre que tenía el libro le dije: “¿oiga, perdone, a Vd. le gustan los insectos?; sí, sí, claro, porque también a ti te gustan —inquirió él— (se trataba de D. José María Fernández, el famoso entomólogo ya fallecido). Y entonces hicimos el contacto ese, y con Isaac de Vega, Manuel Morales, etc., nos reuníamos y hablábamos de todo en la calle Porlier (menos de fútbol y política...). Allí fue José María Fernández varias veces e hizo mucha amistad conmigo, y quedamos un domingo de excursión para ir a buscar bichos, y entonces por ahí empezamos, y todos los domingos íbamos a buscar bichos... y Manuel Morales apareció por allí también y se entusiasmó con el tema, saliendo con nosotros.

Yo había escrito ya un artículo hablando del Museo Municipal, que tenía todas apollilladas las colecciones (de insectos), y pedí que se barrera con todas esas colecciones llenas de polillas y todo eso, y se hiciera una limpieza y se pusieran colecciones nuevas, que se inaugurara un Museo de Ciencias Naturales, porque aquél era un Museo de Bellas Artes. Y la idea ésta la tenía también José M. Fernández, coincidimos y dijimos: vamos a luchar por esta idea... entonces nos fuimos a hablar con el presidente del Cabildo, D. Juan Ravina, que nos acogió en seguida con mucho cariño, y le pareció muy bien la idea, y dijo: “espérate, que voy a hablar con el alcalde” (que era D. Joaquín Amigó)... y le pidió un solar para poder hacer un museo.

Luego nos dijo que fuéramos a hablar directamente con Amigó... y finalmente nos dieron el Parque de La Granja, donde estaba el insectario y demás.

—En cuanto a su faceta más conocida —la de escritor—, nos gustaría saber cuál fue su primera novela.

—Pues fue precisamente *Mararía*... Yo venía del mundo lírico, de cantar a los paisajes frondosos, verdes, del norte, cantar del Teide, cantar del Drago... como hacían todos los poetas de aquí, y estaba impregnado por la belleza de Tenerife, los contrastes, y de repente me encuentro con la sequedad de las islas de Lanzarote y Fuerteventura... (aquello fue una bofetada). El drama, la fortaleza que tiene el fuego del volcán de Lanzarote, o la propia Fuerteventura. Y me acuerdo que me impactó mucho el leer a Unamuno, cuando decía que para comprender las islas orientales, había que restregarse el corazón con la aulaga, para comprender el sufrimiento que significa vivir en las islas de tipo desértico como son Lanzarote y Fuerteventura, que son “esqueletos de isla”, como decía Unamuno. La suerte de que en Lanzarote encontré a la mujer esta, Mararía, que me sorprendió tanto, por las tardes se iba del pueblo (de Femés), y me llamó la atención y pregunté por ella... Así que *Mararía* no la escribí yo —como siempre digo— sino que me la contaron, y como me la contaron así la conté yo... (claro que yo le puse los visos literarios y demás, pero no fue una invención mía).

Pero fue el contraste tan grande el que me formó en la poesía, el ver a aquella gente cómo vivía, la austeridad en la que vivían... bueno, austeridad, date cuenta de que yo estuve 8 meses con —semanalmente— doce higos porretos y un garrafón de 16 litros de vino, que me llevaba todos los miércoles un camello a la Atalaya (de Femés), que es el

cráter de un volcán extinguido, yo estaba en el cráter aquél, en una caseta —una casetita— en la que estaban los aparatos receptor y transmisor (de Telefónica), y tenía yo que remontar el sitio ese. Ellos pensaban que bajara a dormir a Femés, pero subir después aquello era horrible, y además no me subían en camello. El camello lo sacaban de la cuadra nada más que los miércoles para llevarme arriba el saquito de higos porretos y el garrafón de vino... Con el primer garrafón de vino que me bebí yo me trastorné —claro—, yo no quería abandonar aquello, no lo cambiaba por nada del mundo, pero con la idea de lanzarme por allí, sin parapente... Me quedaba a dormir allí, con unos papeles, unos pajullos y unas cajas de cartón me formé yo la cama, abriendo las cajas y llenándolas de paja de aquella. Por la mañana nevaba en la Atalaya, en diciembre (todas las mañanas caía granizo), un frío intenso. Eso fue para el año 40...

La anécdota curiosa es que treinta años después de que escribí *Mararía* —estuvo durmiendo en la gaveta todo ese tiempo—, una vez editada la novela, fuimos Juan Cruz, Juan Manuel García Ramos, yo y otros a dar unas charlas en Lanzarote, y a mí me cogieron ese día, al enterarse de que era el autor de *Mararía*, y me llevaron a Femés a dar una charla, y cuando estaba allí —después de 30 años—, llega una señora y me pregunta: “¿Usted no se acuerda de mí?”... “¿No se acuerda de cuándo estuvo aquí, en Femés?” —era vieja y gorda—, y yo no me acordaba. Había sido una hermana de Isidro, que en aquella época iba a tener un niño, y con unas tablas que tenía yo arriba se me ocurrió hacerle una cuna para el niño que iba a tener, una cuna muy curiosa y muy bonita, y a esa mujer se le rayaban los ojos cuando me lo decía, y comentó: “bien sufrió usted allí arriba, ¿verdad?... Vd. estaba loco”, y añadió: “¿Cómo le

supo el queso?...¿el chico no le llevó un queso?"... —era un queso que me había enviado con el chico que subía a la Atalaya—, y me acordé entonces que el chico me había llevado una de las veces una bola de barro, y resulta que el queso estaba dentro, forrado en barro, y yo lo dejé por allí, en un rincón, pensando que eran piedras y demás...

Yo me sostuve allí gracias a la imaginación y al alcohol, a la borrachera enorme que cogí, porque me asomaba al borde del cráter, y veía justo entre la isla de Fuerteventura y la de Lanzarote —al sur de Playa Blanca— la isla de Lobos, y desde arriba Lobos tenía la forma de una chuleta, y para más inri, a las doce del día tenía una nubecita encima de aquella chuleta, y yo les juro que muchas veces la mordía... Con los apuntes aquellos que tomé se puede decir que estaba hecha la novela, eran tan perfectos que no había sino que darles dos o tres toques, y se los dí, entonces se publicó y tuvo éxito (fui finalista del premio Nadal y ganador del Premio Canarias de Literatura). A *Mararía* le di un tono lírico que fue lo que le gustó la gente, y lo que salvó la historia, pero yo quería hacer una novela con una prosa más recia, más actual —“ya no se escribe así”, como decía un crítico—, y ahora, en una charla que di estaba ese crítico, y le repliqué a su frase diciéndole: “mira, aunque decías que no se escribía así, el caso es que todavía se sigue leyendo así”... *Mararía* barrió con toda mi obra, tanto las anteriores como las posteriores... *A mí no se me conoce sino como autor de Mararía, y ¿dónde están Desfile otoñal de los obispos licenciosos, El ómnibus pintado con*

cerezas, Alto crecen los cardos, Amor de la mora siete... y un montón de libros?

—Explíquenos qué es Fetasa.

—Es la pregunta más difícil que se me ha hecho...y la más fácil de contestar, porque Fetasa no es nada, la gente se cree que es algo... quieren hacer un equipo, un partido, un grupo de amigos; nada de eso es Fetasa. Fetasa es sencillamente una palabra comodín que surgió en una reunión muy amplia que teníamos entonces de literatos, bohemios y filósofos, una especie de

Queríamos levantar todos los ánimos, y pertenecíamos a todas las banderas siempre que fueran muy alzadas.

bohemia loca y subversiva —en la época nuestra éramos subversivos, nos tenían fichados, porque no cenábamos ni merendábamos con nada, de política ni de nada, íbamos a nuestro aire. Todos los días nos reuníamos en mi casa desde las dos de la tarde hasta las dos de la noche: estaban Pimentel, Isaac de Vega, Pedro Torres el pintor, Manuel Morales... (Morales era el que tenía los proyectos administrativos de Fetasa, quería convertir Fetasa en una sociedad). Y hablando, en una discusión acaloradísima, llegamos a Dios... el tema de siempre, en China o en donde sea. Yo dije: “Dios tiene que tener alguien en quien apoyarse, porque sería penoso tener un Dios que no tuviera un Dios a quien adorar”... Entonces me dijeron que esto era un disparate. Pero lo principal era —se sacó después de muchas conclusiones— que la teoría varía mucho por el hecho de que en cualquier circunstancia de la vida, podíamos saber lo que era fetasiano y lo que no era fetasiano; por contraste, sabíamos lo que era fetasiano sabiendo lo que no era fetasiano. Entonces establecimos como un nivel, y diji-

mos que toda idea sublime, toda aquella persona que haga actos sublimes en su vida, será fetasiana, y antifetasiano es todo lo contrario: el chabacano, el ramplón, el vulgar, etc. Queríamos levantar todos los ánimos, y pertenecíamos a todas las banderas siempre que fueran muy alzadas.

En una reunión en el Círculo de Bellas Artes —un recital que di—, se presentaron en las filas de delante unos amigos que eran policías —los conocíamos bien, eran amigos, pero tenían más mala leche que el carajo, eran una policía política más que nada—, y hablando y tal, de repente, digo lo de fetasa y fetasiano, y nos dice uno: “oiga, por favor, puede usted explicarme eso de fetasiano... qué personaje podría haber en la historia que considere usted fetasiano”... Para joderlo —sabía por dónde me iba a coger políticamente— le digo: “pues mire usted, Stalin, Trotski”... y dijo: “pare, no siga hablando... ya sabíamos por dónde iban los fetasianos”. Pero yo de todas maneras le dije: “no, perdone, perdone, Vd. no me ha comprendido todavía, Vd. no sabe por dónde van los fetasianos, porque tengo que nombrarle más fetasianos todavía —esos no son los únicos que ha habido en la vida— le digo más fetasianos... pues mire, D. Francisco Franco Bahamonde y D. José Antonio Primo de Rivera son dos fetasianos españoles de primera”... y el tío se quedó... “bueno, no hemos comprendido bien...”. Y en realidad lo eran, porque desde el concepto que teníamos, eran hombres que brillaban, que tenían ideas sublimes (para ellos... a mí me torcieron la vida, pero se salieron de lo corriente, aspiraban a algo). Pues eso es un acto fetasiano.

Mararía es una fetasiana, ¿por qué?, porque destruye la belleza —la máxima belleza—, que es la que tenía ella, para purifi-

carla con el fuego. ¡Eso es un acto fetasiano!. Con toda esa filosofía —ya te digo—, nos mandábamos los litros de vino como si nada, y así terminábamos todos como cabras...

—¿Cómo ve las islas desde el punto de vista medioambiental?... ¿Hacia dónde caminamos?

—Todo parte por un mal entendido de lo que es la ecología. *La gente se ha formado una idea de ecología como que es guardar los objetos naturales, conservar la belleza de los paisajes y de los*

pueblos... y eso no es ecología, ya que se trata de la interdependencia entre las especies y el medio ambiente. Arreglan un pueblo, y no se dan cuenta que éste tiene que tener un entorno, una vegetación, un estilo especial, que está sujeto a una dependencia con las especies del entorno. Se cometen disparates, le cierran la vida a la naturaleza, a especies animales, ¿para qué?, para que veamos un geranio muy bonito que trajeron de semilla, que es una cosa foránea, que no tiene nada que ver con el entorno natural de las islas. Esto como símbolo. En todos los rincones de las islas se están cometiendo disparates...

Estaba con un Sr. Concejal del Ayuntamiento de Yaiza —acompañado por unas personas que querían ver la isla, el ambiente de *Mararía* y demás—, y éste me dijo: “¿ha visto lo bonito que tenemos el pueblo (de Yaiza)?”, y yo le contesté: “tiene usted razón, lo tienen muy bonito, pero Vd. no sabe que la isla de Lanzarote tiene que rechazar todo lo que sea bonito; si Vd. quiere entender la isla, tiene que mamársela, a base de la sequedad, a base del sol, a base de la lava, del paisaje desértico,

En todos los rincones de las islas se están cometiendo disparates...

que es muy superior...” Y hablando de todo esto, el hombre se sulfuró, y exclamó: “lo que pasa es que Vd. es forastero, y no conoce de nada”. Cogí tal cabreadura, que ya no quiero saber nada de Lanzarote, porque es que lo han estropeado por múltiples sitios, y aquí lo mismo... para qué vamos a hablar.

Simbólicamente, yo me fijo en una cosa: había tal cantidad de hábitats entomológicos en los alrededores de Santa Cruz, donde yo, con dar dos pasos encontraba especies estupendas, endémicas, ahora, esos campos están convertidos en cemento, alquitrán... Toda la zona inferior a la Refinería —donde está la Disa—, que tenía unos jardines y varios estanques, era formidable. Allí me acuerdo de ir a buscar muchísimo una mariposa que estoy intentando localizar ahora y ya no la veo, era aquella pequeñita de la familia Arctiidae (la *Utetheisa pulchella*), que estaba en esa zona porque su oruga se alimentaba de una especie de *Mesembryanthemum* de color rojo. Yo me acuerdo que en mi casa, en la barriada de La Victoria, veía dos o tres ejemplares —era un placer— en la cocina, y la última que vi fue en un taxi en Fez (Marruecos), cuando fui a la boda de mi hijo... Le tengo un cierto cariño, porque durante un tiempo estuve haciendo un estudio de la evolución de la especie.

Hay una cosa que a mí me indigna: ¿tú concibes que un señor con un cargo importante como es D. Isaac Valencia —Alcalde de La Orotava— se permita decir que hay que buscar la manera de conseguir dinero porque el municipio de La Orotava debe ser equiparable a las entradas de

dinero que tiene el Puerto de la Cruz?. ¿Cómo se mueven las cosas?. Una de las cosas principales: vamos a Las Cañadas y ponemos un parque de atracciones... ¿Y qué necesidad hay de poner un parque de atracciones allí?... y

dice: “hombre, ¿a qué va a ir la gente allí, si no hay nada?”. Y te escacha el pensamiento que tú tienes, y dices: por Dios, déjenme tranquilos los espacios naturales... Yo tuve una polémica en el periódico con el Ayuntamiento de La Orotava defendiendo El Rincón, y saltó aquel señor con la “patujada” de que iban a convertirlo en un campo de golf, que era

muy importante para darle entretenimiento al pueblo, y le dije: “¿Vd. ha visto al pueblo jugar al golf?... ¿sabe cómo juega?... con una papa y una guataca”. ¿Tú has visto jugar alguna vez a un campesino nuestro al golf?... No sólo alteran el paisaje, sino que derrochan el agua, que tanto escasea en las islas.

—¿Qué haría usted con el teleférico del Teide?

—*El teleférico me parece tan horroroso y un disparate tan grande, que me han quitado desde entonces (desde su construcción) la idea de subir al Teide...* Yo me acuerdo que cuando iban a inaugurar el teleférico, escribí artículos en la prensa y demás... Me sublevé y estaba en contra, iban a estropear el sentido natural del Teide y de Las Cañadas, y veía yo que eso estaba sencillamente inclinado al negocio, al puro negocio, y todo lo que fuera jugar con la isla —negociarla—, me parecía un auténtico disparate —antipatriótico además. Yo dije en el artículo que lo que íbamos a sacar con el teleférico era, primero, quitarle el sabor a la ascensión al Teide (subiendo a pie, tenía un

El teleférico me parece tan horroroso y un disparate tan grande, que me han quitado desde su construcción la idea de subir al Teide...

sabor especial, de alpinismo, de naturaleza, de asombro cuando vences la altura aquella, que es como tiene que ser, pero metido en aquella cajita metálica, con una soguita, me parece un disparate tremendo...). El artículo en cuestión se publicó en La Tarde con motivo de una carta a Camilo José Cela, que iba a venir a Canarias, creo que por primera vez. Era una carta diciéndole lo que podía ver aquí y lo que podía llevarse de recuerdo, e introduce toda esa crítica al proyecto del teleférico. Debió ser por los años 50, justo antes de que se construyera el mismo.

Me acuerdo que alguien me dijo (el Sr. Arroyo) que quién era yo para quitarle el placer de ver y subir a la cumbre del Teide, y yo le dije a este señor (que tenía ya unos 70 años), "Sr. Arroyo, si en 69 años usted no ha subido al Teide, no va a sentir ningún placer subiendo ahora"...

—Por último, ¿cómo ve el panorama cultural canario de hoy en día?

—El panorama cultural canario, en lo que debería ser, guiado por los próceres políticos —que son los que tienen el poder—, falla totalmente. Pero sin embargo, se viene alimentando una cultura formidable con la juventud de ahora, que está muy preparada (aunque parezca que no), escribe estupendamente. Lo conozco porque siempre me vienen poetas jóvenes, nuevos, con libros para que les de mi juicio, y me quedo verdaderamente asombrado de la cantidad de ellos que hay (y digo poetas en serio, no poetitas o versificadores como antes). Estos vienen con una cultura y un sentido de la vida muy interesantes, y todo esto conforma una juventud cultural de primera línea. No tenemos que ver sino la cantidad de libros que se editan en Canarias: buenos, malos, flojos... de todo, pero bueno, es una labor cultural tremenda, un movimiento cultural muy grande el actual. Te da la clave también

el hecho de que en las exposiciones hay un público joven, entusiasta, que acude a las exposiciones de pintura: hay pintores jóvenes, y grupos muy buenos de pintores, así como muy buenos poetas, y se está queriendo renovar otra vez aquella formidable costumbre de las tertulias —hay dos o tres por ahí a medio organizar, pero sería buena cosa que se organizaran bien, porque dan buen ambiente, un ambiente cultural.

Pero, ¿qué ocurre?, que *los que tienen que manejar esa cultura y darse cuenta del tesoro que tenemos en estos tiempos, son los que la ignoran*. Me refiero a los políticos que "pasan" de la cultura y a los periódicos, que se han convertido en unas agencias de anuncios—más que nada— y en reseñas de fútbol —como ha sido toda la vida—, pero las noticias no... sino las noticias políticas de andar por casa —precisamente—, que las vemos todos los días y ya nos aburren, o aunque no nos aburriesen, por lo pronto la prensa de Canarias, no está dando su esplendor, no está dando su portada de esplendor. Tendría que ser una portada donde se anunciara la cultura, se diera a conocer la cultura de las islas, y todo esto es lo que conformaría luego una política mejor, una política más acertada y una unión entre todos los canarios. Pero, claro, si empiezas por quitarle al canario lo que le pertenece, confundirle los valores paisajísticos y naturales, creando urbanizaciones y campos de golf —como decíamos antes—, con instalaciones que son anti-culturales totalmente, todo está abocado al deporte, a sacar el dinero y al turismo... Así no se hacen islas, no se puede hacer un archipiélago... ¡y nación ni hablar!. ***Hace falta tener el rejo cultural bien metido en tierra, pero no lo tenemos.*** ●

(Conversación mantenida en el domicilio de D. Rafael Arozarena, el lunes día 12 de julio de 1999).